

Índice

	Prólogo de Fernando Moroy.....	7
	Introducción. Las preguntas	13
1	Gustavo Bueno	17
	1. Biografía	17
	2. Pensamiento	20
	2.1. La imparable ciencia	26
2	Manuel Castells	31
	1. Biografía	31
	2. Su pensamiento	36
	2.1. Sociedad de la información y sociedad informacional	37
	2.2. El universo de Internet	38
	2.3. Comunicación y poder	38
	3. El bazar de las nuevas tecnologías	39
3	Adela Cortina	45
	1. Biografía	45
	2. Pensamiento	49
	2.1. Ética y moral	50
	2.2. Influencia de Kant	52
	2.3. Filosofía política	52
	3. El egoísmo inteligente	53
4	Javier Fernández Aguado	59
	1. Biografía	59
	2. Pensamiento	61
	3. Las difíciles decisiones	72

5	Pedro Laín Entralgo	77
	1. Biografía	77
	2. Pensamiento	80
	3. Lo que cuenta la historia	89
6	Julián Marías	95
	1. Biografía	95
	2. Pensamiento	100
	3. La vigilante sociedad	108
7	José Ortega y Gasset	113
	1. Biografía	113
	2. Pensamiento	121
	2.1. La etapa objetivista	121
	2.2. Etapa subjetivista o antropológica	122
	2.3. Etapa raciovitalista	124
	3. Entre el deseo y la realidad	128
8	Miguel de Unamuno	133
	1. Biografía	133
	2. Pensamiento	140
	3. Disparate y educación	146
9	María Zambrano	151
	1. Biografía	151
	2. Pensamiento	158
	2.1. La cuestión y su método	158
	2.2. La fenomenología de lo divino	159
	2.3. Racionalismo e historia	161
	2.4. La fenomenología del tiempo	162
	2.5. Razón poética	162
	2.6. El método. La razón poética	163
	3. El vértigo del riesgo	164
10	Xavier Zubiri	169
	1. Biografía	169
	2. Pensamiento	173
	2.1. Aprehensión primordial de realidad o instalación básica	174
	2.2. Logos o lo real de la aprehensión primordial	175
	2.3. Razón o ratio y explicación metódica de las cosas	175
	3. Sobreviviendo en el sistema	181
	Epílogo de Josep Jordán Figueras	185
	Bibliografía	189

Prólogo

Algunos, poco informados, aseguran que España, a diferencia de Alemania o Francia, jamás ha producido grandes pensadores. La falacia ha calado fuertemente. Antonio Machado, que vivió un momento tan turbulento como fructífero para el pensamiento, escribió que «en España, de cada diez cabezas, nueve embisten y una piensa». La frase es efectiva, pues contiene algo de verdad, pero también, bastante de mentira.

Las paradojas demuestran que el lenguaje tiene más límites a la hora de describir la realidad de los que supusiera Ludwig Wittgenstein. La nuestra se explica atendiendo a la historia. Policías y periodistas suelen aseverar que siguiendo el dinero se hallará la solución a un misterio. Pues bien, quienes quieran saber algo sobre el desarrollo del pensamiento español deberán acudir forzosamente a la historia de España.

En nuestro país, cuya trayectoria a lo largo de los siglos es larga e intensa, el pensamiento, que sólo se puede llevar a cabo en libertad, se ha visto frecuentemente atemperado, cuando no perseguido, por un poder que sólo periódicamente ha concedido libertad a sus ciudadanos. Desde el siglo XVI, el fuerte dominio de un sector de la iglesia, esencialmente tridentina, a la que asustaba lo que oliera a modernidad, se sustentó sobre un poder absoluto que, una vez concluido el

sueño de la Constitución de Cádiz, sólo se resquebrajó a partir de mediados del siglo XIX, coincidiendo con el imparable declive del país, y con un contexto internacional en el que el liberalismo económico empezaba a imponerse.

Tampoco contribuyó demasiado una burguesía que hasta el siglo XVIII apenas decidía y que, salvo honrosas excepciones, no mostró particular interés por ilustrarse. Salvo singularidades en Madrid, Cataluña o el País Vasco, la burguesía española no promovió espacios de libertad económica que implicasen mayor autonomía de pensamiento. No en vano, son los hijos de la burguesía, menos necesitados económicamente y alejados del sentimiento de clase que sí ha tenido la aristocracia, quienes pueden formarse y quienes terminan en otras épocas demandando mayor libertad, a veces decantándose hacia ideas que suponen la destrucción de su propia clase. Otra paradoja.

Es de justicia mencionar a algunos de los pensadores españoles, bastantes de ellos pertenecientes a la iglesia católica, como la muy admirable Escuela de Salamanca. Debo citar las aportaciones al pensamiento económico que emprendieron en el siglo XVI Martín de Azpilicueta, Luis de Alcalá o Luis de Molina, y que hoy resultan asombrosamente modernas, de la misma forma que nos pasman los afilados aforismos del sacerdote Baltasar Gracián en el siglo XVIII o las notables aportaciones a la botánica del benedictino Benito Jerónimo Feijoo en el siglo XVII. Son personajes excepcionales, en los que no hay una continuidad, como tampoco, salvo quizá en el caso de Baltasar Gracián, existió una proyección internacional que permitiera iniciar una comunicación fluida entre España y el resto del mundo.

En el siglo XIX el pensamiento español se afianza en medio de la –cada vez más endiablada– política española. Será el Desastre del 98 el que dé ocasión a movimientos literarios que incluyan entre sus miembros a pensadores. En este libro, el lector puede apreciar ese cambio a través de la figura de Miguel de Unamuno, un hombre decimonónico que, sin embargo, debe desenvolverse en un siglo XX que no alcanzará a comprender en toda su magnitud. La tragedia implícita de su existencia, que en su momento tiene resonancias internacionales, es que continúa desenvolviéndose en categorías arcai-

cas, despreciando la ciencia o el libre comercio, que no acaba de comprender. Su crítica, en la que lo poético y lo filosófico se imbrica, no mira hacia adelante, sino hacia atrás. Será José Ortega y Gasset, enfrentado, no sin razón, durante el primer tercio de siglo a Unamuno, quien verdaderamente abra la espita de la reflexión, influyendo a toda una generación, que se ven obligados a seguir o rechazar los caminos abiertos por el maestro.

En los años veinte y treinta, José Ortega y Gasset brilla intensamente. Su *Revista de Occidente* se convierte en una publicación avanzadísima para la época —no hay nada parecido en el mundo—, que sirve de catalizador para artistas, científicos o filósofos. No podemos hallar un solo autor relevante en cualquier campo de la creación, la ciencia o el pensamiento, que en su día no publique en ella. Es un extraordinario ejemplo de modernización. Incluso en nuestros días, cuando cualquier libro de un autor extranjero se publica rápidamente en España, la nómina de colaboradores impresiona, máxime si tenemos en cuenta que el país en que se publica la revista sigue siendo una nación en la que tan sólo algunos centros urbanos, Madrid y Barcelona principalmente, tienen suficiente empuje gracias a sus burguesías.

Ortega va desarrollando su pensamiento, siempre actuando a través de los periódicos. Nunca un pensador tendrá tanta influencia en España, ya sea en su apoyo velado a la dictadura de Primo de Rivera o a su deseo de acabar finalmente con la monarquía de Alfonso XIII tras el llamado «error Berenguer». En esos años se está ejecutando ese paso de lo nuevo a lo viejo que describiera el marxista Antonio Gramsci como paradigma de una crisis, y que en el caso español, antesala de lo que ocurrirá en Europa, acumula consecuencias trágicas.

Para fastidio de Ortega, a fin de cuentas un liberal, la llegada de la Segunda República no supone la esperada modernización. Al contrario, la sociedad se divide aún más, entre otras razones porque las izquierdas y las derechas abominan —estas sí— del pensamiento y entonces ambas se radicalizan. Los nacionalismos, con motivaciones a veces antagónicas, son cada vez más fuertes, gracias a unas bases que los apoyan, con frecuencia con razonamientos de escasa altura intelectual.

Si las izquierdas tratan de implantar una república marxista, parte de las derechas toman partido por el fascismo. En el fondo son dos modelos casi idénticos que exaltan lo nuevo —aunque se crean opuestos—, y que están concebidos para que la juventud se integre en ellos. Esa hegemonía que destruirá enseguida Europa, tiene su laboratorio en España, como antes la tuvo en Rusia o en Hungría.

No existe en esos momentos una tercera España liberal que, pese a lo que propondrá años más tarde Salvador de Madariaga, pueda frenar el inevitable choque entre «rojos» y «blancos». Ese y no otro es el fracaso de la Segunda República: su incapacidad para respetar la libertad de pensamiento, para promover un liberalismo sensato que atempere tendencias radicales. La consecuencia es la Guerra Civil, que retrasa cualquier intento de modernización e inaugura el largo período del franquismo. El propio Ortega es un buen ejemplo de lo que está ocurriendo. Tras su exilio, enfermo y viejo, se integra en el franquismo, dejando que sean sus discípulos quienes continúen su trabajo filosófico. El viejo Unamuno, después de profundos bandazos ideológicos, muere durante los iniciales compases de la contienda, no sin antes, gracias a un acto de valentía que el lector podrá encontrar descrito en este libro, declarar que el mundo que está naciendo ya no es el suyo.

Tras la guerra, en el exilio, María Zambrano, discípula hasta cierto punto de Ortega, desarrolla una obra fecunda y rica, en la que el arte siempre tiene un lugar preeminente. Mientras, en España, Julián Marías, un hombre tan honesto como valiente, desarrolla el legado orteguiano en mitad de una dictadura que le contempla a ratos con sospecha.

Xavier Zubiri, heredero de principios católicos, va por su cuenta, elaborando pacientemente una de las más originales aportaciones al pensamiento español, cuyas consecuencias se podrán constatar en movimientos como la Teología de la Liberación.

Con el pensamiento occidental dominado por el marxismo —en España también hay representantes—, y a partir de la década de los setenta por la posmodernidad, el país vuelve a aislarse parcialmente.

No será hasta los sesenta, gracias a la modernización económica emprendida por los llamados tecnócratas y otros movimientos ideológicos semejantes, cuando España experimente una apertura de la que se aprovecharán, sobre todo, los más jóvenes. Educados en una cultura pop, acceden a libros hasta hace poco prohibidos y viajan al extranjero, cada vez, con menores entorpecimientos.

Muchos descubren que la vieja pretensión de crear un sistema global para explicar todo es una imposibilidad. En un mundo cambiante, donde los medios de comunicación van a transformar la realidad en apenas unos años, la ciencia ha desbordado ese anhelo, algo que incluso Gustavo Bueno, un pensador español que crea un sistema —el materialismo filosófico—, asume en su obra, al subordinar el pensamiento a la ciencia.

Con la llegada de la democracia, el país se abre definitivamente al exterior. A comienzos de los años noventa se puede afirmar que España es ya un país moderno, que ha tenido que recorrer en apenas una década el camino que otros han hecho en varias.

Pensadores contemporáneos como Manuel Castells o Adela Cortina enfocan sus trabajos hacia ciertos aspectos de la realidad, tales como las nuevas tecnologías o la participación ciudadana. Otros, como Javier Fernández Aguado proponen un originalísimo enfoque para el mundo de las organizaciones que se ha convertido ya en una referencia mundial. Fernández Aguado es el único pensador español sobre quien —en plena actividad— se ha realizado un simposio para analizar su pensamiento. Tuvo lugar en febrero de 2010 y asistieron más de 600 profesionales de doce países. Algo inaudito en un país en el que la envidia forma parte del ADN de muchos, independientemente del sector ideológico en el que se muevan.

Todos los pensadores seleccionados son, en cualquier caso, analizados con suficiente detalle y originalidad en este libro que el lector está a punto de comenzar.

La cata que se ha realizado para este texto ofrece un panorama revelador —si bien incompleto a la fuerza por razones de espacio— del pensamiento español a lo largo del siglo XX. Se trata de un pequeño

manual que conduce al lector, a modo de una guía de viajes, hacia las obras originales de esos autores. El lector inquieto hará muy bien en acudir a las fuentes originales para completar los textos de este libro, que no son sino un resumen de obras sumamente complejas y extensas en algunos casos. En cualquier caso, es de agradecer el esfuerzo de los autores –Nuria Ramos y Sergio Casquet– por desbrozar esos pensamientos y hacerlos accesibles a lectores no especializados.

Aprender de quienes nos precedieron no sólo evita que cometamos viejos errores, como caer en ese populismo que ahora apela a lo emocional y no a lo real, sino que, con humildad y agudeza, seamos capaces de reconocer a los más valiosos, intelectualmente hablando, de nuestros compatriotas. En este sentido, querría destacar la pujanza de las organizaciones españolas, seriamente tocadas por la última crisis, que, transformando las relaciones con los trabajadores, serán decisivas en ese cambio. Un cambio que es profundo, pues da la sensación de que la historia, gracias a medios como Internet, se haya acelerado. La fragmentación y la inmediatez de la información, por ejemplo, es uno de los retos más notables que tienen aquellos que pretendan pensar en la realidad. Algo que Unamuno, no digamos ya Gracián, jamás habría imaginado.

La historia jamás se detiene, sino que plantea nuevos retos a quienes, como escribiera Chateaubriand, «están condenados al futuro», ese futuro al que debe caminar con optimismo el pensamiento español con autores jóvenes, y ya tan asentados como Jorge Fernández Gonzalo, Belén Altuna o José Sánchez Tortosa, entre otros muchos, y que tendrá, sin duda, un lugar destacado, dejando atrás tópicos históricos. Les irá y nos irá mejor si dedican tiempo a estudiar a Ortega, Unamuno, Marías, Fernández Aguado, Zubiri... Estos y los demás analizados en esta obra han desbrozado un camino que merece la pena seguir.

Fernando Moroy

Director de Relaciones Institucionales de CaixaBank
en la Comunidad de Madrid y vicepresidente en
España de Keiretsu Forum Business Angels

Introducción

Las preguntas

La filosofía y el pensamiento filosófico están presentes en nuestro día a día. Tanto es así que en ocasiones se citan frases de Platón, Descartes o de Ortega y Gasset sin que sus interlocutores sepan que son de ellos. Sin embargo, da la sensación de que la ciencia, que en el último siglo ha avanzado a una velocidad vertiginosa, ha arrumbado a la filosofía al cajón de los saberes inútiles, mitad entretenimiento y mitad extravagancia. Sin embargo, como ha escrito recientemente con agudeza y no poca ironía Félix de Azúa en *Jot Down*:

«Las ciencias no piensan, no tienen por qué pensar, les basta con describir. Lo que piensan es lo interno a su descripción o experimentación, su metodología, por ejemplo, pero el científico no tiene por qué situar sus experimentos y averiguaciones en el orden del pensamiento conceptual».

Y aclara la situación de esa vieja dama llamada Filosofía, a la que nadie quiere ya mirar a los ojos:

«Hemos entrado en una etapa del mundo enteramente distinta. No precisamos ya de explicaciones globales. Es más, no queremos teorías globales sobre los humanos y su desconcertante aparición en el universo. Solo entretenimientos locales. [...] Aquel que se dedica seriamente a la filosofía (sobre todo fuera de la

universidad) es alguien que, posiblemente asqueado por la programación, ha abandonado el cuarto de los juguetes y avanza a tientas por los oscuros pasillos de lo que ya no es su casa. Este desahuciado es el único que a lo mejor se entera de algo. Pero no volverá para contarlo».

En realidad, lo que Azúa nos cuenta no es otra cosa que el fracaso de la filosofía para hallar explicaciones permanentes a una realidad en constante cambio. Pero es que tener claro eso, y ahí está la trampa, es también filosofía.

Con esa idea en mente, los autores han pretendido exponer parte de la riqueza y grandeza del pensamiento español a lo largo de los dos últimos siglos, incluso permitiéndose alguna visita al XIX. Por razones de espacio, se han visto obligados a escoger una representación de diez grandes, de los que Nuria Ramos cuenta, sin grandes alardes, vida, obra y pensamiento. Desde los más representativos y académicos, como puedan ser Ortega y Unamuno, a los más actuales y asentados, como Adela Cortina, Manuel Castells o Javier Fernández Aguado. Todos ellos movidos por un mismo hilo conductor: la pasión por resolver ciertos problemas fundamentales de la existencia humana —esto es, de lo que llamamos la realidad— y la aplicación práctica de las soluciones —si las hubiera— en las vidas de los ciudadanos. Asimismo, se ha creído que sería bueno relacionar a cada uno de esos autores con el mundo de la empresa, de lo que se ha encargado Sergio Casquet a través de unos textos que, a modo de pinceladas, amenas y ligeras, plantean algunas dudas de actualidad.

Como es natural, no están todos los que son, pero sí que son todos los que están. El lector echará en falta unos cuantos nombres, pero toda selección implica una renuncia. Es decir, lo que los economistas llaman coste de oportunidad. Pedimos disculpas, pero, sin embargo, pese a la injusticia que comporta toda antología, sostenemos que estamos ante una representación significativa de la riqueza intelectual de nuestro país, que muchas veces subestimamos, por las razones antes expuestas. Hoy, en España, existe una extraordinaria escuela de pensadores que, en muchas ocasiones, son más valorados fuera que dentro de nuestras fronteras. Incluso entre los más jóvenes

y aún poco conocidos. Este libro, desde esa humildad que admite sus carencias y sus errores, también pretende ser un reconocimiento al pensamiento español universal, de ahí su título.

Aunque tenga años y años de historia, y aunque haya quien sostenga que ha muerto, la filosofía no desaparecerá. Basta con que un ser humano se haga una pregunta sobre lo que le rodea, desde un comportamiento ético hasta un juicio estético, para que ya esté empezando a hacer una forma de filosofía, aunque él no sepa la respuesta. Esa búsqueda es la que define la disciplina. Por todo ello, no hay más que fijarse en el planteamiento del método de Javier Fernández Aguado, que centra su trabajo y su pensamiento en la mejora de las empresas o instituciones a través de sus distintas líneas de pensamiento. O en Adela Cortina, a quien la ética y la moral se le antojan «armas» fundamentales en cualquier acto vital. O qué decir del empirismo de Manuel Castells, centrado actualmente en el estudio de las nuevas tecnologías.

Todos ellos son pensadores españoles universales, porque, a fin de cuentas, las preguntas fundamentales a las que se enfrenta cualquier ser humano son más o menos iguales en todas las partes del mundo. Y eso, hacerse preguntas, es lo que nos hace más humanos, aunque nos asusten las respuestas que encontremos. A fin de cuentas, como diría Azúa, de eso se trata: de abandonar el cuarto de los juguetes y de avanzar por el pasillo hacia ese lugar del que no se regresa igual. ¿Acaso no tenemos curiosidad por saber qué hay detrás de esa puerta que nunca se abre? Suerte y no teman: sin duda volverán para contarlo.

Gustavo Bueno

1. Biografía

Hijo y nieto de médicos, nace el 1 de septiembre de 1924 en Santo Domingo de la Calzada, La Rioja. Termina los estudios de bachillerato en el Instituto Nacional de Enseñanza Media Goya, de Zaragoza, donde es compañero de Lázaro Carreter. Emprende en la Universidad de Zaragoza los estudios de Filosofía y Letras y de Derecho. El profesor Eugenio Frutos Cortés influye para que, finalmente, se decida a estudiar Filosofía. Una vez realizados los cursos comunes en la Universidad de Zaragoza, termina la licenciatura en Filosofía en la Universidad de Madrid. Realiza su tesis doctoral como becario del Centro Superior de Investigaciones Científicas (CSIC). Su título es *Fundamento formal y material de la moderna filosofía de la religión*, bajo la dirección de Santiago Montero Díaz. Obtiene a los 24 años, en 1949, una cátedra de Enseñanza Media y comienza ese año su vida docente en el instituto Lucía de Medrano

«El desarrollo del español como lengua de pensamiento sólo es posible mediante el desarrollo del pensamiento mismo».

de Salamanca, donde ejercerá hasta 1960. Ese año se establece definitivamente en Asturias. Desde 1960 hasta 1998 es catedrático de Fundamentos de Filosofía e Historia de los Sistemas Filosóficos de la Universidad de Oviedo. Desde entonces desarrolla su labor filosófica en la Fundación que lleva su nombre, que tiene su sede en Oviedo.

Fundador de la revista *El Basilisco*, Bueno es autor de muchos libros y artículos. En ellos, a través de su complejo sistema filosófico —el materialismo filosófico— se muestra como ateo esencial que, sin embargo, no reniega del entorno cultural católico y como un marxista heterodoxo que, pese a su decidido sovietismo hasta 1991, reniega de los postulados clásicos y asume algunos nuevos a través de su sistema.

«Una de las tareas principales que el materialismo filosófico tiene que asumir Kant sigue siendo la tarea de demolición del sistema del idealismo trascendental».

En la actualidad se define como parte de una izquierda materialista muy crítica con las izquierdas existentes realmente en España. Por ejemplo, es un firme detractor del aborto y entiende la nación España como el resultado de una nación política en sentido ilustrado.

A lo largo de su carrera, por situarse en una tierra de nadie cuyos límites son los de su propio pensamiento, se ha visto envuelto en innumerables polémicas.

En 1975, en plena ruptura chino-soviética, unos estudiantes maoístas de Barcelona que protestaban por apoyar a la Unión Soviética frente a China, le tiran a la cara un bote de pintura. Paradójicamente, dos años después, la extrema derecha atenta contra su coche en Oviedo.

En 1985, con la publicación de su libro *El animal divino*, entra en una larga polémica filosófica con el diplomático Gonzalo Puente Ojea. Si para Puente Ojea las religiones nacen mediante la introspección y las preguntas que asaltaron al hombre primitivo ante el mundo que le rodeaba, para Bueno, en cambio, las religiones surgen en un proceso histórico y dialéctico que, en realidad, se inicia con el culto a los animales.

En 1999, con la publicación de *España frente a Europa*, entra en polémica con el profesor de Filosofía Juan Bautista Fuentes Ortega, que califica a Bueno de «españolista». Y este responde acusándole, a su vez, de «trotskista», argumentando que la nación política es la única nación realmente existente, defendible desde posiciones marxistas. Desde ese momento, Bueno, que también apoya la pena muerte, se queda con la etiqueta de conservador.

De esta forma, en 2003, con la publicación de *El mito de la izquierda*, se le acusa abiertamente de fascista, especialmente desde el nacionalismo vasco y catalán. El filósofo se defiende alegando que la izquierda debe tener un proyecto con respecto al Estado. Por ejemplo, la socialdemocracia clásica pretende transformarlo, el comunismo conquistarlo y el anarquismo destruirlo. Para Bueno, de hecho, las izquierdas definidas son generaciones que han cumplido según el momento en que nacieron y que, en este sentido, podría haber una séptima generación de izquierdas nacida, según algunos de sus seguidores, en el subcontinente latinoamericano, a partir de movimientos como el chavismo.

Sin embargo, además de fascista, Bueno también es acusado por entonces de estalinista, por pretender, según sus detractores, crear una alianza entre liberales, comunistas y católicos frente a la indefinida socialdemocracia. Durante una conferencia en Bilbao, tiene que ser desalojado del recinto donde la pronunciaba tras una amenaza de bomba.

En 2007, grupos independentistas andaluces califican a Bueno de conservador e islamófobo después de criticar que se designe en el nuevo Estatuto de Autonomía de Andalucía a Blas Infante como padre de la patria andaluza. Además, recuerdan una entrevista realizada a Bueno

«Quien cree vivamente en los misterios de la religión, considerará insoportable a quien, “creyendo estar en el secreto”, trata de revelarle la estructura secreta positiva de su misterio. Lo mismo se diga de los misterios de la democracia, de la cultura, de la izquierda, de la paz o de la república».

tras los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001 en la que sostiene que «hay que destruir las raíces del islam con el arma del racionalismo». Bueno contesta y sostiene que ese tipo de atentados en los que se inmola el terrorista sólo pueden darse en el budismo y en el islamismo, religiones en las que, según su argumentación, como Dios no se ha hecho carne, el cuerpo es visto como algo superfluo e incluso odioso. Para el filósofo, ese es uno de los motivos de la superior racionalidad del cristianismo sobre el islam, el judaísmo o el budismo, ya que, según sostiene el materialismo filosófico, la racionalidad es siempre corpórea. Además, ateo convencido, asume que la idea «de derechas» de criticar al islam resulta absurda, pues todas las generaciones de izquierda definida han criticado la religión y se han opuesto a todo proyecto político religioso.

2. Pensamiento

Gustavo Bueno es el creador del materialismo filosófico. Este sistema, que al ser abierto está aún en pleno desarrollo y que es sumamente complejo –para comprenderlo en su totalidad hay que tener conocimientos filosóficos o científicos, por lo que se siguen los esquemas propuestos por Jesús G. Maestro y por Pablo Huerga

«Ante las pretensiones de autodeterminación de las facciones vascas, catalanas, gallegas, de apropiarse de bienes que pertenecen desde siglos a todos los españoles, están fuera de lugar debates parlamentarios democráticos».

Melcón–, sostiene que la filosofía tiene por encima, a modo de marco, otros saberes, como la ciencia o la ingeniería. Entendida desde el materialismo filosófico, la filosofía presupone un estado de las ciencias y de las técnicas lo suficientemente desarrollado para que, de esta manera, pueda comenzar a considerarse como una disciplina definida.

Según esa base, las ideas de las que se ocupa la filosofía y que nacen de la dialéctica entre las disciplinas que se hallan por encima de ella, son más abundantes a medida que se produce el desarrollo de esas disciplinas. En otras palabras, la filosofía, para poder ser real, no puede

sustraerse, por poner un ejemplo, a los nuevos hallazgos de la neurociencia en cuanto al funcionamiento de nuestro cerebro. Dado que la materia está en movimiento y que la realidad es cada vez más compleja –y, por lo tanto, más difícil de poder acotar y medir–, los instrumentos para la comprensión sistemática y reglada del presente deben ser mucho más precisos.

Esto supone, naturalmente, una superación de partida con respecto al idealismo, en el que, al complicarse nuestra concepción de realidad, al sujeto humano se le unen también, por ejemplo, los sujetos animales. Gracias a la ciencia, por ejemplo, sabemos que el murciélago se orienta en la oscuridad mucho mejor que el ser humano, por lo que hay multiplicidad de fenómenos asociados a lo real, no únicamente humanos, y algunos de ellos, además, aún están por descubrir.

Esto es particularmente significativo a la hora de hablar de la historia, que es el resultado de la actividad de toda una serie de generaciones según las nuevas necesidades, pues incluso la percepción sensorial más simple de los objetos viene dada por las relaciones que esas generaciones han establecido con lo real. Es decir, la realidad sería, según el materialismo filosófico, una construcción de lo que los sujetos, ligando sus conciencias entre sí, han hecho real a lo largo de la historia. Por ejemplo, para un niño nacido en estos momentos, su forma de pasar la página de un periódico no será ya sobre papel, sino sobre una pantalla, por lo que el concepto de periódico será para él muy distinto del que puede ser para nosotros.

«Parece evidente que el universal interés que nuestro presente mantiene hacia los extraterrestres, y el análisis de las instituciones consagradas a investigarlos puede considerarse, hoy por hoy, como una reminiscencia, de intensidad inesperada, de la fase secundaria o mitológica de la religión».

A todo ello, pasando de la realidad a la materia que lo compone, hay que sumar que un sistema filosófico debe ser tan amplio como

para poder reinterpretar desde el presente todos aquellos sistemas previos que en su día quisieron comprender un mundo que, dados los avances de otras disciplinas superiores, ya no existe, de ahí que ya no sean válidos. Por ejemplo, el atomismo de Demócrito no tiene en cuenta todos los avances de la física del siglo XX, al menos desde que Rutherford definiera su modelo atómico. Por ello, el materialismo filosófico vendría a ser, asimismo, una superación del materialismo tradicional, con el que apenas tiene en común la negación de sustancias espirituales en la realidad.

«En la medida en que la filosofía no es un mero amor al saber, sino un cierto saber, el filósofo ha de ser, de algún modo, un sabio, dotado de una sabiduría *sui generis*, aun cuando su contenido no sea, según algunos, muy distinto del de una docta ignorancia».

Y es que, cuando las sustancias espirituales se definen como no materiales, en el fondo se postula la realidad de unas sustancias no materiales, pero que no han sido definidas previamente. De la misma forma, si en lugar de definir las sustancias espirituales como sustancias inmateriales, nos referimos a ellas como incorpóreas, el materialismo se reduce a un corporeísmo, tesis que rechaza de pleno el materialismo filosófico, ya que admite la realidad de seres materiales pero incorpóreos, como, por ejemplo, la

distancia entre dos planetas, que es una relación igual de real que esos planetas, pero que no es corpórea y tampoco es mental.

Así que, para salvar esas categorías, el materialismo filosófico asume una tercera, que no es otra que la vida, definiendo la sustancia espiritual como sustancia viviente incorpórea, por lo que así se aleja definitivamente del materialismo tradicional.

Por consiguiente, como doctrina sistemática sobre la estructura de la realidad, y desde un punto de vista ontológico en el que ya no es necesario preguntarse por el ser, el materialismo filosófico se caracteriza por:

1. Negar que la conciencia agote la realidad o sea originaria de la misma, asumiendo la existencia de una materia ontológico-general que es independiente respecto de la conciencia. En otras palabras, esa materia es empírica o trascendental.

2. Defender las sinexiones –vínculo entre dos entidades necesariamente distintas, como, por ejemplo, los dos polos de un imán– entre la conciencia y el mundo. Este último sería el contenido finito de la materia ontológico-general, que está dada a escala del ego, el cual tiene una escala creada a partir de aquella. O por decirlo de otro modo más sencillo: no hay conciencia sin mundo y no hay mundo sin conciencia. Esta transformación materialista del principio de apercepción trascendental kantiano –el conocimiento reflexivo que constituye la percepción: el célebre «yo pienso»–, se lleva a cabo, fundamentalmente, a través de la idea de trascendentalidad positiva.

3. Asumir los distintos formalismos o reductivismos ontológicos. Esto es, los contenidos del mundo –las materialidades dadas a escala del ego, sin olvidar que el ego, como hemos explicado, está hecho a escala de esas materialidades– se dividen en tres géneros distributivos de materialidad sinectivamente conectados entre sí. Estas dimensiones ontológicas se definen, según la terminología del sistema, mediante M1, M2 y M3.

«La Idea de Ciencia brota de las ciencias positivas en cuanto estas son instituciones históricas y culturales relativamente recientes. Desde este punto de vista es innegable –es decir, no es opinable– que la idea de ciencia no es una idea eterna».

- 3.1. El primer género de materialidad o M1 engloba la dimensión ontológica en la que se establecen aquellas entidades, desde objetos a sucesos, que se nos ofrecen como constitutivos del mundo físico exterior, incluyendo las propiedades

objetivas asociadas a ellos en la percepción. Se hallan en este género los contenidos exteriores dados fenomenológicamente dentro de unas coordenadas históricas presupuestas –nuestro actual conocimiento de la estructura del ADN, pongamos por caso– y los contenidos exteriores que no se dan fenomenológicamente, pero cuya realidad se admite, como la materia oscura que compone el universo.

3.2. El segundo género de materialidad o M2 acoge todos los procesos reales dados en el mundo como «interioridad», es decir, las vivencias de la experiencia interna. Epistemológicamente se clasifican en dos: las vivencias de la experiencia inmediata de cada uno de nosotros –emociones, pensamientos– y las de la experiencia ajena, en la medida en que esta experiencia es sobrentendida como interioridad. Estos procesos son materiales, pues totalizamos esta experiencia cuando consideramos que dichos procesos forman parte de un medio común, que es el que permite que nos emocionen los versos de un poema o que respondamos a los estímulos de un anuncio de televisión.

3.3. El tercer género de materialidad o M3 comprende objetos abstractos, es decir, no exteriores, pero tampoco interiores, como, por ejemplo, los números primos o la ecuación de Dirac. También habría que incluir en este género no sólo las entidades esenciales, sino también entidades individuales y concretas que, sin embargo, al haber transcurrido ya, son irrevocables. Por ejemplo, el objeto «Stalin» no pertenece a M1 o a M2, por lo que debe situarse en esta dimensión.

«Defender el aborto es como defender la esclavitud».

Así, dentro del materialismo filosófico pueden trazarse tres ejes que organizan, según su autor, el espacio antropológico:

1. El eje radial, en el que se incluyen todo tipo de entidades impersonales que ya han sido debidamente conceptualizadas. Considerado desde el eje radial, aparece un materialismo cosmológico que es la crítica a la visión del mundo en cuanto a un mero efecto

contingente de un Dios creador que poseyera, a su vez, la providencia y el gobierno del mundo. Es decir, la existencia filosófica de Dios es contradictoria, insustancial y absurda. En este eje se incluye también una concepción materialista de las ciencias categoriales, es decir, un materialismo gnoseológico que define, como su nombre indica, la naturaleza, el origen y el alcance del conocimiento.

2. El eje circular, en el que se disponen, principalmente, los sujetos humanos y los instrumentos mediante los cuales estos sujetos se relacionan. Como se puede ver, en este caso, el materialismo filosófico se aproxima, hasta confundirse con él, con el materialismo histórico, al menos en la medida en que constituye la crítica de todo idealismo histórico y de su intento de explicar la historia humana en función de una «conciencia autónoma» que es la que ha ido dirigiendo el curso de la humanidad.
3. El eje angular, en el que figuran los sujetos dotados de apetición –es decir, tendencias de una percepción a otra y que son los principios del cambio, según el modelo de Leibniz– y de conocimiento, pero que no son humanos, aunque forman parte real del mundo del presente, como la percepción de un delfín del agua. En este caso, el materialismo filosófico toma la forma de un materialismo religioso que se enfrenta críticamente con el espiritualismo, propugnando la naturaleza corpórea y real los sujetos numinosos que han rodeado a los hombres durante milenios. Es decir, el hombre no hizo a los dioses a imagen y semejanza de los hombres, sino a imagen y semejanza de los animales.

Todo este sistema filosófico, que apenas hemos esbozado, influye poderosamente en otras disciplinas, como el caso de la ciencia, la literatura y sobre todo la historia, uno de los intereses de Gustavo Bueno.

«Sostengo que si no se aplican los derechos humanos no es por negligencia o mala voluntad, sino porque no se puede: no se pueden aplicar porque son abstractos. Porque el individuo humano es una abstracción, no existe más que como ciudadano en una nación».

Por ejemplo, las distintas acciones de diferentes grupos humanos, contradictorias entre sí –no quiere lo mismo el obrero que el patrón– producen un resultado histórico que jamás se reduce a las previsiones programáticas de esos grupos. Ahora bien, esas contradicciones no son apariencias –como afirmaría el idealismo–, sino que con ellas, perfectamente reales, se alcanzan nuevas situaciones históricas en las que surgen realidades objetivas, al margen de los sujetos que las construyen, porque, de un modo u otro, van más allá del presupuesto de origen, así que es imposible que una realidad dada pueda reducirse a su génesis, sino que debe ser analizada a través de diversas disciplinas de las que el materialismo filosófico, al ser un sistema abierto y en desarrollo, se nutre.

2.1. La imparable ciencia

A muchos lectores, el sistema de pensamiento creado por Gustavo Bueno les parecerá farragoso, incomprensible y probablemente inútil, propio de otros tiempos más inocentes, cuando la filosofía, aun imbuida de teología, trataba de cumplir una labor totalizadora. Sin embargo, en este caso, ese sistema, cuya complejidad no es baladí, tiene una base modernísima, que es la que lo hace permanentemente actualizable, sin caer en deslices categóricos que lo invaliden al cabo del tiempo. No es otra que su inmediata subordinación a la ciencia, que en nuestros días está consiguiendo explicar lo que nos rodea –eso incluye también lo que somos, la naturaleza humana– con una precisión admirable. Si tenemos en cuenta que (casi) todo ya está contenido en la tabla periódica de los elementos, la ciencia parece dispuesta a adentrarse en terrenos que le estaban vedados y parecían más propios de las llamadas ciencias sociales. Vivimos en los tiempos

de la tercera cultura que postulara a finales de los noventa John Brockman y ponernos a trazar fronteras, algo que sólo importa a contrabandistas, espías y dementes, ha dejado de tener sentido. Y es todo un alivio, no crean.

Por ejemplo, ahora sabemos, gracias a las investigaciones que Giacomo Rizzolatti, Leonardo Fogassi y Vittorio Gallese realizaron con chimpancés, que las neuronas espejo, situadas en las regiones motoras del cerebro y en las de nuestra memoria, nos permiten comprender las acciones de otras personas o aprender habilidades por imitación, lo que explicaría hasta cierto punto por qué los seres humanos, por razones eminentemente egoístas, tendemos a colaborar para adaptarnos al entorno y asegurarnos nuestra supervivencia.

Y de la misma manera, como cuenta el neurocientífico y dinamitero de las ciencias sociales, Steve Pinker en *The Blank Slate: The Modern Denial of Human Nature*, ya somos conscientes de que no nacemos como una tabla rasa, sino que nuestra carga genética determina parte de lo que somos, ya sea mediante capacidades innatas como el lenguaje o incluso con rasgos de carácter que explican por qué dos niños educados con las mismas condiciones ambientales al final acaben siendo tan distintos. Si alguien quiere tener una sólida formación humanística, también tendrá que saber un mínimo sobre ciencia, pues si no, su propósito tendrá el mismo éxito que desatornillar la rueda pinchada del coche con una barra de regaliz.

«Aunque la Idea de sociedad civil pueda componerse con diversas y aún opuestas sociedades políticas, no puede separarse de todas ellas, sino que está unida sincoidalmente a ellas, al menos sucesiva o alternativamente. Según esto podemos decir que quien habla “en nombre de la sociedad civil” demuestra que carece de inteligencia y que carece de verdadera base o impulso político para sostener sus reivindicaciones».

Pero dejemos algo claro, antes de seguir: esto no significa que la ciencia, al modo de un cuñado en la cena de Nochebuena, lo sepa todo y que debamos hacer de ella un acto de fe. Es justo todo lo contrario a su manera de trabajar, basada en un método que obliga a poner en duda los resultados una y otra vez. Fijense que, por ejemplo, la mayoría de lo que llamamos realidad es un espacio vacío que, no obstante, contiene la mayor cantidad de energía del universo, como

explica el físico Lawrence Krauss en *A Universe from Nothing: Why There Is Something Rather Than Nothing*.

«La interpretación apocalíptica de la crisis y de la corrupción –en realidad, de la corrupción como causa de la crisis– no llega, en prácticamente ningún caso, a enfrentarse con la hipótesis del naufragio del sistema global heredado. No se “reflexiona” sobre la posibilidad de que no dispongamos de ningún prototipo o modelo positivo para el futuro».

Nuestro concepto de la nada, mucho más literario que científico, se halla equivocado: el Big Bang, esa singularidad, vendría a ser un día sin ayer. Pues bien, la ciencia, pese a tantos descubrimientos, tiene una visión del universo tan perfecta como el dibujo que pueda hacer un niño de tres años de la aguja de la catedral de Colonia. Después de todo, no es de extrañar: tan sólo somos unas cuantas reacciones bioquímicas armando follón en un rincón del patio trasero del universo un domingo cualquiera por la tarde, lo que, como comprenderán, no deja ser maravilloso, en especial algunas noches de primavera. Tenemos mucha suerte, así que seamos humildes.

Además, la ciencia, todavía perseguida y peor entendida en buena parte del mundo –recordemos, entre muchos, al activista indio Narendra Dabholka, asesinado recientemente por luchar contra la superstición– nos enseña algo muy obvio, que no se suele tener en cuenta: cualquier tiempo pasado fue peor, digan lo que digan los pelmazos nostálgicos y sean cuales sean las dificultades que tengamos que superar. No ha existido generación sobre el planeta que no haya tenido que hacer

frente a las suyas, como nos aclaraban nuestros abuelos cada vez que hacíamos el ganso más de lo necesario.

Ese continuo avance, que el antropólogo Matt Ridley describe en *The Rational Optimist* desde el punto de vista de la economía de mercado, lo vivimos cotidianamente en las anestias de los dentistas, en las nuevas tecnologías de la comunicación o en la caldera de gas en nuestro hogar. Todos esos descubrimientos, en los que hay que recordar que la ciencia básica ha desempeñado un papel indispensable, han hecho que nuestra vida sea considerablemente mejor de lo que era hasta hace apenas medio siglo. Nos han dado facilidades inauditas, ni siquiera soñadas por quienes nos antecedieron. Pregunten a sus mayores, si no nos creen. Por eso la ciencia, que tiene la sanísima costumbre de desmontar las creencias, es sólo para individuos libres, esto es, sin miedo, que son los que se quejan de la calidad de la música de la fiesta porque, precisamente, no quieren que jamás termine la juerga y porque saben que *The Flirtiations* siempre animan más a bailar que *Coldplay*. Ese optimismo racional, que en todo caso jamás debe ser confundido con el «panglossianismo» o el adanismo, es muy parecido al que se debe tener a la hora de emprender una aventura empresarial. Nadie, con la excepción de los personajes de ciertas canciones presuntuosamente románticas, lo intenta para fracasar.

«La libertad no está en la elección. La elección nunca es libre, siempre está determinada, no es gratuita. No podemos aceptar una teoría existencialista según la cual cada uno elige lo que le da la gana: no, tú no eliges lo que te da la gana, tú eliges por unas razones determinadas».

Todo lo que mejore nuestra vida va a ser inmediatamente demandado. Ninguna empresa puede desdeñar todo lo que la ciencia está proponiendo, especialmente si esa empresa se desenvuelve en un entorno donde la investigación determina su éxito. Y tampoco deberían hacerlo los estados, cuya inversión en I+D+i suele ser observada con sospecha, cuando no abierto desdén, por parte de los gestores de lo público, sobre todo en países donde no existe una tradición científica,

como es el desolador caso de España. Según datos de la patronal, actualmente tan sólo el 6% del gasto en I+D+i de las empresas españolas se dirige a contratar proyectos generados en universidades y organismos públicos de investigación. Entre otras razones, eso explica por qué tenemos 30 veces menos patentes que Alemania y por qué la economía apuesta por modelos productivos –el orgiástico ladrillo– que no pueden sostenerse en el tiempo y que además son espoleados por las administraciones, demasiadas veces por intereses tan turbios como siniestros, de esos que sólo pueden explicarse pasando por Delaware o Zúrich. El problema no es la calidad de la ciencia –que en el caso de España es más rentable por dólar que la de otros más países aparentemente más punteros–, sino la falta de financiación. Es la economía, que diría el saxofonista Bill Clinton.

«La Patria, por tanto, el patriotismo, no se funda en ninguna de las decenas de constituciones que han ido sucediéndose en el curso de los siglos, sino que son estas constituciones las que se fundan en la Patria, y esta en la Historia. Otro tanto ocurre con la Nación política, idea que es inseparable de la idea de Estado, y que por tanto es contradistinta de la nación biológica, de la nación étnica y de la nación histórica».

En este siglo, cuando el futuro ya acontece antes de que se haya cumplido el presente, se antoja indispensable el liderazgo de las empresas dentro de un ecosistema de innovación en el que lo público y lo privado confluyan. Sería deseable, además de un cambio de mentalidad que nos implica a todos –esas categorías conceptuales que comparte toda la sociedad–, la eliminación de tantas y tantas barreras legales, financieras y administrativas que ponen freno a una colaboración de la que depende nuestro bienestar y el de aquellos a los que daremos el relevo. La ciudadanía, que es mucho menos boba de lo que suponen algunos estudios de mercados, empieza ya a contemplar a la ciencia como creadora de empleo, valor y riqueza, tanto social como individual. Sinceramente, a estas horas del día, a punto de desayunar y sin resaca, no se nos ocurren mejores motivos para crear una empresa.